

Una lectura conceptualista del argumento de continuidad

A Conceptualist Reading of the Continuity Argument

Nicolás Alejandro Serrano

Universidad de Buenos Aires, Argentina

naserrano@filo.uba.ar

<https://orcid.org/0000-0002-0474-423X>

Resumen

En este trabajo reconstruyo el argumento no-conceptualista de continuidad para mostrar que implica una concepción implausible de la experiencia en animales supuestamente carentes de conceptos. Para ello, analizo las limitaciones de las formulaciones tradicionales del argumento, sus premisas implícitas, y las premisas adicionales necesarias para usarlo como objeción al conceptualismo. Luego, apelo a consideraciones filosóficas y estudios en neurociencia cognitiva, etología, psicología comparada y psicología del desarrollo, para mostrar que, incluso si el argumento sirviese como crítica al conceptualismo, implicaría una concepción de la experiencia animal contraria a nuestras teorías científicas e, incluso, a los intereses del no-conceptualismo. Concluyo que, si deseamos defender la continuidad entre la experiencia de perceptiva de humanos adultos y otros animales, debemos hacerlo atribuyendo conceptos a los últimos.

Palabras clave: contenido conceptual, contenido no conceptual, percepción, cognición animal, neurociencia cognitiva.

Abstract

In this paper I analyze the non-conceptualist continuity argument to show that it implies an implausible conception of perceptual experience in animals that are supposed to lack



Received: 17/07/2023. Final version: 31/08/2024

eISSN 0719-4242 – © 2024 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License



CC BY-NC-ND

concepts. In order to do this, I show the limitations and implicit premises in the traditional formulations of the argument, and the additional premises needed to use it as an objection against conceptualism. Then, I review studies in cognitive neuroscience, ethology, comparative psychology, developmental psychology, and philosophical considerations to show that the argument implies a conception of animal experience that is at odds with our scientific theories and even with the motivations for adopting non-conceptualism. I conclude that, if we wish to defend the continuity between adult human's and other animal's experiences, we should do it by attributing concepts to the latter.

Keywords: conceptual content, non-conceptual content, perception, animal cognition, cognitive neuroscience.

1. Introducción

En este trabajo abordaré el “argumento de continuidad” postulado en contra del conceptualismo en el debate entre conceptualistas y no-conceptualistas acerca de la percepción (e.g. Evans 1982, Dretske 1995, Peacocke 1992a, 2001, Toribio 2007, Laurence y Margolis 2012, El Kassar 2015). Mi objetivo será mostrar que, bajo la formulación que resulta más fuerte para los intereses no-conceptualistas, el argumento implica una concepción implausible de la experiencia perceptiva en animales pre- y no-lingüísticos. Para mostrar esto comenzaré, en la sección 1, analizando el argumento de continuidad para dar con su versión más adecuada. Luego, en la sección 2, apelaré a fuentes filosóficas y científicas para determinar qué contenidos estarían ausentes en la experiencia de animales carentes de conceptos. Esto me permitirá, en la sección 3, mostrar cómo la imagen que se obtiene de la experiencia perceptiva resulta incompatible tanto con el estudio empírico de la percepción y comportamiento de animales pre- y no-lingüísticos, como con el análisis filosófico de la experiencia perceptiva (tanto en animales lingüísticos, como pre- y no-lingüísticos). Concluiré que el argumento de continuidad resulta insuficiente para mostrar la falsedad del conceptualismo, tanto en su variante “de contenido” como (incluso) en su variante “de estado”.

2. El argumento de continuidad

En el debate entre conceptualistas y no-conceptualistas acerca de la experiencia perceptiva, los primeros (e.g. Brewer 1999, 2001, 2005, Byrne 2005, McDowell 1994a, 1998, 2009, Speaks 2005, Kalpokas 2016) sostienen que los estados de experiencia perceptiva únicamente poseen contenidos de tipo conceptual (i.e. “conceptualismo de contenido”) y/o que los

estados de experiencia perceptiva dependen de la posesión de conceptos (i.e. “conceptualismo de estado”). En contraposición, los no-conceptualistas rechazan estas tesis. Uno de sus principales argumentos busca mostrar la falsedad del conceptualismo apelando a las similitudes entre la experiencia perceptiva de humanos adultos y animales pre- y no-lingüísticos (i.e. supuestamente carentes de conceptos). Este argumento ha recibido múltiples nombres, pero en este trabajo adoptaré la nomenclatura que encuentro más habitual y lo denominaré el “argumento de continuidad” (e.g. Byrne 2005, Toribio 2007). Si bien su idea central ya puede encontrarse en los textos fundacionales del no-conceptualismo (e.g. Evans 1982, Dretske 1995), su formulación canónica sin duda corresponde a Peacocke (2001). Según este argumento, parece plausible considerar que los humanos adultos comparten parte del contenido de su experiencia con otros animales, tales como los mamíferos superiores o los niños prelingüísticos. Por ejemplo, cuando un bebé o un perro ve una mesa, resulta al menos intuitivo considerar que su experiencia perceptiva tiene contenidos en común con la experiencia que nosotros tenemos al observar esa misma mesa. Sin embargo, continúa el argumento, los animales no-humanos y los humanos prelingüísticos carecen de conceptos. Luego, el contenido de la experiencia perceptiva que compartimos con ellos no puede ser conceptual. Por lo cual, los humanos adultos poseeríamos contenido no-conceptual en nuestra experiencia perceptiva. Y esto llevaría a que el conceptualismo sea falso (o, como veremos en breve, al menos a que cierta variante del conceptualismo sea falsa). A modo de ilustración, he aquí un extracto de la formulación originalmente ofrecida por Peacocke:

Los gatos, perros, y animales de muchas otras especies, así como los infantes humanos, perciben el mundo, incluso si su repertorio conceptual es limitado y, tal vez, hasta inexistente. Estas percepciones están facilitadas por los órganos perceptivos y, en el caso de las especies superiores, facilitadas por estructuras cerebrales similares en aspectos importantes con aquellas que facilitan la percepción humana adulta. Por “la línea dura” en percepción animal, quiero decir la tesis según la cual ninguno de los estados perceptivos conscientes con contenido representacional que tienen los humanos maduros puede ser tenido por animales no-lingüísticos sin conceptos, o que solamente tienen capacidades conceptuales mínimas. Por la “línea blanda”, simplemente quiero decir la negación de la línea dura (Peacocke 2001, p.260, mi traducción y énfasis).

Como puede verse, Peacocke (2001, p.260) plantea el argumento de continuidad mencionando simultáneamente a animales “con un repertorio de conceptos limitado” e “inexistente”, tal vez dando a entender que lo primero refiere a humanos prelingüísticos y lo segundo a los animales no-humanos. Esto puede ser problemático pues, como se verá más adelante, podría haber una distinción importante entre animales totalmente carentes de

conceptos y animales con un repertorio limitado de conceptos. Sin embargo, en tanto Peacocke trata al unísono ambos grupos, me concentraré mayormente en la versión del argumento que postula una continuidad entre animales no-humanos carentes de conceptos y humanos adultos estándar, en tanto entiendo que es la versión que ofrece la crítica más fuerte al conceptualismo y, consecuentemente, la versión del argumento más favorable para el no-conceptualismo (aunque volveré sobre la otra versión al final del trabajo). De este modo, podría sostenerse que la formulación más fuerte de este argumento tiene la siguiente estructural:

P1: Los humanos adultos estándar poseen conceptos mientras que los animales pre- y no-lingüísticos no lo hacen.

C1: Los humanos adultos estándar pueden estar en estados con contenido conceptual (e.g. creencias), mientras que los animales pre- y no-lingüísticos no pueden estar en contenidos con contenido conceptual. [Por P1]

P2: Algunos de los estados perceptivos conscientes de los animales pre- y no-lingüísticos tienen contenidos en común con los estados perceptivos conscientes de los humanos adultos estándar.

C2: Los estados perceptivos conscientes de humanos adultos estándar tienen un tipo de contenido que es no-conceptual. [Por C1 y P2]

C3: El no-conceptualismo es verdadero y el conceptualismo es falso. [Por C2]

Como se ve en la cita, Peacocke distingue entre dos “líneas” que pueden adoptarse al pensar acerca de la experiencia perceptiva en animales sin conceptos. Según la “línea blanda”, existirían ciertos contenidos representacionales que figurarían tanto en la experiencia de humanos adultos como de animales carentes de conceptos. La “línea dura”, en cambio, rechaza esta idea y sostiene los últimos carecen de experiencias perceptivas con contenidos representacionales similares a los que experimentamos los humanos adultos. Peacocke denomina a este resultado “la conclusión no-intuitiva” y se lo atribuye a McDowell (1994a), quien efectivamente rechaza que los animales no-humanos posean experiencias perceptivas “en el mismo sentido” que nosotros. Retomando nociones de Gadamer (1960), McDowell sostiene que tales animales solo detectan problemas y oportunidades a los cuales responden siguiendo imperativos biológicos, sin que ello resulte en experiencias perceptivas propiamente dichas.

¹ Esta reconstrucción está fuertemente inspirada en la que ofrece Byrne (2005, pp.236-237), aunque incorpora algunas ligeras modificaciones.

Frente a este tipo de respuesta, pueden mencionarse dos motivaciones adicionales para proponer el argumento de continuidad: una de corte ético y otra de corte científico. Como destaca Peacocke (2001, p.261, ver también Crowther 2006, p.257), la posición de McDowell parece reminiscente de cierta concepción cartesiana según la cual los animales no-humanos son meros autómatas. Tal concepción acarrea consecuencias problemáticas en ética animal, por lo que se podría adoptar el argumento de continuidad (y el no-conceptualismo que de él se desprende) para alejarse del automatismo cartesiano. La segunda motivación consiste en vincular el no-conceptualismo con el estudio científico de los sistemas perceptivos. Si bien Peacocke menciona que los sistemas perceptivos de los animales no-humanos tienen similitudes relevantes con los nuestros, es a mi entender mérito de autores como Bermúdez (2003), Schmidt (2015) y El Kassar (2015, nota 88) enfatizar este punto al destacar que gran parte de los descubrimientos neurofisiológicos acerca del funcionamiento de los sistemas perceptivos y cognitivos humanos están tomados de estudios animales. Según El Kassar, esto implica que, o bien debemos asumir que hay una línea de desarrollo desde los animales no-humanos hacia los animales humanos, o bien debemos abandonar los resultados empíricos de buena parte de las ciencias cognitivas. De este modo, una premisa básica del argumento de continuidad, i.e. que la experiencia perceptiva de animales humanos y animales carentes de conceptos es similar en un sentido importante, estaría sustentada por la práctica neurocientífica.

Sin esta apelación al estudio empírico comparado de la percepción, tanto las premisas como la conclusión del argumento resultan eminentemente especulativas². En cambio, los señalamientos de Bermúdez, Schmidt y El Kassar vinculan la aceptación del argumento con nuestra aceptación de la práctica científica, dotándolo de un mejor fundamento que el mero valor intuitivo de sus conclusiones. Lo único que podría mencionarse, para complementar esta línea de análisis, es que la práctica científica no solo parece sustentar sino también presuponer que similitudes y homologías anatómicas (entre órganos poseídos por distintas especies) estarán acompañados por similitudes y homologías en las funciones y productos de tales órganos. Más específicamente, que tales similitudes en los sistemas subpersonales acarrearán similitudes en las experiencias perceptivas de nivel personal. Hace falta la premisa adicional de que esta práctica científica es de hecho exitosa para poder ofrecer la versión interesante del argumento que estos autores proponen. Si bien no será la línea que seguiré aquí, se podría señalar que McDowell (1994a, 1994b) expresa ciertas reservas al momento de aceptar esta premisa adicional, al menos en lo que respecta al estudio de la experiencia

² En este sentido, tanto autores conceptualistas (e.g. McDowell 1994a, Byrne 2005) como no conceptualistas (e.g. Bermúdez 2003, 2007) sostienen que no tenemos razones exhaustivas para considerar que la experiencia perceptiva de los animales sin conceptos sea similar a la nuestra en los sentidos relevantes.

perceptiva tal y como resulta relevante para el debate entre conceptualistas y no-conceptualistas (i.e. en el nivel personal). Asimismo, autoras como Sullivan (2009) llaman la atención sobre la habitualidad con la que los resultados experimentales en modelos animales (e.g. roedores) se extrapolan directamente a casos humanos, sin hacer las debidas correcciones para acomodar las diferencias biológicas y cognitivas entre ambos tipos de organismos. Sin embargo, en los muchos casos en los que las correcciones pertinentes son llevadas a cabo, parece admisible sostener que la práctica científica de hecho obtiene resultados exitosos a partir de modelos animales y que tales resultados sirven como razones empíricas (i.e. no meramente intuitivas) para apoyar las premisas del argumento de continuidad.

Por último, también es importante analizar el alcance del argumento de continuidad cuando se adopta la distinción entre las perspectivas “de estado” y “de contenido” propuesta por Heck para abordar las posiciones del debate (Heck 2000, 2007). Desde la perspectiva de contenido, la pregunta relevante es qué tipo de contenido poseen los estados de experiencia perceptiva, con los conceptualistas respondiendo que es de tipo conceptual y los no-conceptualistas que es de tipo no-conceptual. En cambio, desde la perspectiva de estado la pregunta relevante es si la posesión de conceptos es una condición necesaria para tener experiencias perceptivas, con los conceptualistas respondiendo afirmativamente y los no-conceptualistas negativamente. Si bien el argumento original de Peacocke (2001) estaba dirigido en contra del conceptualismo de McDowell (1994a), i.e. de un conceptualismo tanto “de contenido” como “de estado”, los análisis posteriores de este argumento suelen considerarlo únicamente relevante para la perspectiva “de estado” (e.g. Speaks 2005, Crowther 2006, Laurence y Margolis 2012). Por ejemplo, podría señalarse que las líneas “dura” y “blanda” distinguidas por Peacocke (2001) parten de establecer la posesión o no posesión de conceptos por parte de ciertos animales. Más aún, tanto Byrne (2005) como El Kassir (2015) consideran que la primera premisa del argumento de continuidad es que ciertos animales carecen de conceptos. Asimismo, Speaks (2005) y Laurence y Margolis (2012) ubican explícitamente al argumento en la perspectiva de estado, con Speaks (2005, p.366) incluso señalando que sería un non-sequitur deducir que ciertas percepciones tienen contenido no-conceptual a partir de que sus sujetos percipientes carecen de conceptos.

En tanto suele considerarse que el debate entre conceptualistas y no-conceptualistas se centra en (y fue originalmente planteado desde) la perspectiva “de contenido”, determinar el alcance del argumento de continuidad resulta importante³. Especialmente porque, como señalan Heck (2007) y Crowther (2006), las posiciones en las perspectivas de contenido y estado son, en principio, independientes entre sí. Esto es, el hecho de que una criatura carezca

³ Aunque ver Byrne (2005), Speaks (2005) y Heck (2007) para comentarios acerca de cómo, en la práctica, el debate muchas veces termina discutiendo las tesis de la perspectiva de estado.

de conceptos no hace lógicamente imposible que experimente contenidos de tipo conceptual. Ahora bien, la formulación original del argumento no busca establecer que los animales carentes de conceptos puedan tener experiencias perceptivas (i.e. un no-conceptualismo de estado). Esto puede apreciarse en el hecho de que tal posibilidad sirve de premisa (y no de conclusión) al argumento. En cambio, el argumento busca establecer que la experiencia perceptiva de los humanos adultos estándar posee contenidos no-conceptuales (i.e. aquellos que compartimos con los animales pre- y no-lingüísticos) en adición a cualquier contenido conceptual que pudiese tener. Debido a esto, me concentraré en analizar los méritos del argumento como objeción al conceptualismo “de contenido”, aunque diré algo sobre su eficacia como objeción al conceptualismo “de estado” hacia el final del trabajo.

Como se mencionó previamente, Speaks (2005), Crowther (2006), y Laurence y Margolis (2012) critican las pretensiones originales del argumento de continuidad al restringir su alcance a la perspectiva “de estado”. Sin embargo, considero que un no-conceptualista podría evitar estas críticas y utilizar el argumento con su finalidad originalidad si adopta el tipo de posición defendida por Bermúdez (2007) para rechazar que las perspectivas “de estado” y “de contenido” sean realmente independientes entre sí. Según Bermúdez, la mejor explicación de por qué un estado tiene contenido conceptual es que tal contenido es una función de los conceptos que el sujeto posee y utiliza para representar el mundo. Luego, si se acepta esta explicación, resulta un completo misterio cómo es que un estado independiente de conceptos podría tener contenido de tipo conceptual. Con lo cual, en la práctica, el no-conceptualismo “de estado” implicaría al no-conceptualismo “de contenido”. Aceptado esto, si el argumento de continuidad pudiese mostrar que hay contenidos compartidos entre la experiencia de criaturas completamente carentes de conceptos y la nuestra, entonces habría buenas razones para pensar que al menos una parte del contenido de nuestra experiencia no estaría constituido por conceptos (y que sería, por ende, de tipo no-conceptual).

En síntesis, si se quiere plantear el argumento de continuidad como objeción al conceptualismo “de contenido”, parecemos obligados a plantear una formulación muy precisa del mismo. Por un lado, debemos complementar las formulaciones canónicas de autores como Peacocke (2001) con el tipo de consideraciones de similitud en el estudio empírico de la percepción mencionadas por Bermúdez (2003), Schmidt (2015) y El Kassab (2015). Además, debemos asumir que tal estudio empírico es exitoso en su análisis de la experiencia perceptiva (en contra de McDowell 1994a, 199b). Por último, debemos adoptar la interpretación que Bermúdez (2007) hace de las distinciones de Heck (2000, 2007) respecto a las perspectivas “de contenido” y “de estado” (en contra de la propia postura de Heck 2007). Si bien esta versión podría parecer más demandante que la originalmente planteada por Peacocke, no creo que los autores no-conceptualistas la encuentren inadecuada.

Más bien, creo que tales autores (incluido el mismo Peacocke) suelen presuponer este tipo de consideraciones, y que esta reconstrucción simplemente explicita algunas premisas que resultan necesarias para plantear adecuadamente el argumento de continuidad.

Sin embargo, también creo que esta formulación evidencia una contracara problemática (y generalmente inadvertida) del argumento. Y es que muchos autores no-conceptualistas, incluido el mismo Peacocke (1992a), afirman que la experiencia perceptiva de los humanos adultos incluye tanto contenidos no-conceptuales como conceptuales. Luego, si se sostuvo que estos últimos son producto de nuestra posesión de conceptos (en línea con Bermúdez 2007), parece igualmente necesario sostener que los animales carentes de conceptos también carecerán de todo aporte que los conceptos puedan hacer al contenido de su experiencia. Una pregunta relevante pasa a ser, entonces, ¿qué aportan nuestros conceptos al contenido de nuestra experiencia perceptiva? Y, en consecuencia, ¿qué aspectos de nuestra experiencia deberían resultar ausentes en la de animales carentes de conceptos?

3. Aportes conceptuales a la experiencia: integración, reconocimiento y anticipación

Múltiples filósofos consideran que nuestros conceptos, y/o conocimientos de trasfondo, juegan un rol clave en que experimentemos la presencia de objetos a partir de la percepción parcial de alguna de sus partes (e.g. Smith 2010, Nanay 2010, Noë 2004, 2006, 2012, Kalpokas 2016). Kalpokas (2016) señala una serie de nociones que se han desarrollado recientemente en filosofía a partir de la idea husserliana de “horizonte interno” (Husserl 1970, 1982), tales como la de “co-presentación” en Smith (2010), o la de “percepción amodal” en Nanay (2010) y Noë (2004, 2006, 2012). Estas nociones pretenden capturar los aspectos de nuestra experiencia perceptiva que, si bien no figuran como contenidos explícitos de nuestros estados perceptivos, afectan la manera en que experimentamos perceptivamente ciertos objetos. En particular, estas nociones pretenden capturar los aspectos aún no percibidos del objeto que, sin embargo, anticipamos para reconocerlo como un objeto en particular. Tales anticipaciones perceptivas pueden expresarse lingüísticamente en términos de condicionales subjuntivos, tales como “si rotase esta manzana, vería que su superficie es convexa del otro lado” o “si tocase este cubo de hielo, sentiría que es frío al tacto”. Según Kalpokas (2016), podemos darle sentido a los objetos percibidos únicamente gracias al entendimiento implícito que tenemos de una cantidad indefinida de estos condicionales. Tal entendimiento nos permite comprender las diversas facetas de un objeto que percibimos como siendo signos de la presencia de tal-o-cual objeto en particular. Según el autor, alguien que carezca de tales anticipaciones perceptivas “no puede saber qué tipo de objeto percibe” (p.12).

Kalpokas llama la atención sobre cómo, a pesar de que siempre percibimos los objetos desde una determinada perspectiva, en el contenido de nuestra experiencia no identificamos meras facetas de los objetos, sino objetos completos. Por ejemplo, al ver el lomo de un libro entendemos, como parte misma del contenido de tal experiencia, la presencia de un libro (completo) en frente nuestro, del cual tal lomo es solamente una parte. Esta combinación de una “presentación perspectival” de los objetos junto con su identificación como objetos completos ha sido reconocida tanto en psicología (e.g. Marr 1982) como por filósofos tan variados como Husserl (1970, 1982), Sellars (1978), Searle (1983), Brewer (1999) y el mismísimo Peacocke (2001), entre otros. Noë (2004, capítulo 3), por ejemplo, distingue entre dos aspectos que constituirían el contenido de la experiencia perceptiva: el “contenido factual” (e.g. que vemos un libro) y el “contenido perspectival” (e.g. la porción exacta del lomo que podemos ver desde nuestra ubicación precisa). Crucialmente, si bien es en principio posible focalizar nuestra atención en el “contenido perspectival” de una experiencia, tal contenido se encuentra íntimamente entrelazado y vinculado con el factual. Como bien señala Kalpokas, no es que las facetas (o “apariencias”, como él las llama) sean intermediarios epistémicos en nuestro reconocimiento de los objetos, sino que las entendemos como los objetos mismos siendo percibidos desde cierta perspectiva.

Más específicamente, Kalpokas considera que nuestro conocimiento implícito de los objetos dota a las experiencias perceptivas de una serie de expectativas acerca de las facetas ocultas de tales objetos. Y que serán tales expectativas las que, frente a la percepción de una mera faceta, harán que experimentemos la presencia de un objeto completo específico. Crucialmente, este autor considera que tal entendimiento implícito constituye un conocimiento propiamente conceptual en la medida en que es un producto de los conceptos que posee el individuo⁴. De modo que, retomando el ejemplo, será el conocimiento implícito acerca de los libros (producto de la posesión del concepto ‘libro’) lo que nos permitirá experimentar el lomo como siendo una parte de un libro completo, en contraposición a una mera mancha visual en nuestro campo visual. Incluso si las partes ocultas del objeto no figuran explícitamente en el contenido de nuestra experiencia, la manera en que nuestros

⁴ Naturalmente, este punto amerita mayores clarificaciones de las que puedo hacer aquí. Respecto a una posible objeción en contra de la naturaleza conceptual del conocimiento aquí involucrado, ver la nota 35 en Kalpokas (2016) y el allí mencionado texto de Siegel (2006). Ver, asimismo, la evaluación que Kalpokas hace de los argumentos ofrecidos por Nanay (2010) contra Noë (2004). Respecto de objeciones al estilo de Dretske (1981) acerca de carecer del concepto “adecuado” (e.g. ‘libro’), considérese que bastará con la posesión de conceptos más básicos (e.g. ‘objeto’) para garantizar que haya algún tipo de experiencia perceptiva. Diré más sobre esto en la siguiente sección.

conceptos nos permiten anticiparlas contribuye a que experimentemos la presencia de objetos completos a partir de la percepción parcial de alguna de sus facetas.

El estudio neurocognitivo de la percepción parece apoyar ideas afines. Sin embargo, aquí es importante señalar que en esta área la noción de concepto suele entenderse de un modo distinto a como la entienden las teorías de corte neo-fregeano que son favorecidas por muchos autores conceptualistas y no-conceptualistas tradicionales. En particular, en neurociencias cognitivas los conceptos suelen caracterizarse como particulares mentales instanciados neuronalmente que, entre otras funciones, permiten el reconocimiento de objetos durante el procesamiento perceptivo y las tareas de categorización explícita (e.g. Yee, Jones y McRae 2018). Esta diferencia en el uso de "concepto" implica que los resultados experimentales en esta área no puedan ser directamente extrapolados al debate entre conceptualistas y no-conceptualistas. Sin embargo, como se mencionó en la sección 1, la aceptabilidad del argumento de continuidad parece estar intrínsecamente ligada a nuestra aceptación de los métodos, desarrollos experimentales y marcos teóricos de la neurociencia cognitiva. Debido a ello parece adecuado (sino necesario) complementar el estudio filosófico acerca del rol que juegan los conceptos en la experiencia perceptiva incluyendo una breve reconstrucción de cómo analizan tal rol nuestras teorías científicas actuales.

Para ello podemos partir de los estudios empíricos acerca de las zonas de convergencia/divergencia (CDZ), consideradas por Barsalou y otros autores del enfoque "grounded" como una posible base de instanciación neuronal de los conceptos (e.g. Meyer y Damasio 2009, Man et al. 2013, Barsalou et al. 2003, Barsalou 2016). Las CDZ son ensambles neuronales jerarquizados que reciben conexiones convergentes de múltiples áreas cerebrales a las que también envían conexiones divergentes y que han sido encontradas tanto en humanos como en otros animales (ver Man et al. 2013). Las CDZ intramodales están mayormente conectadas con áreas sensoriomotoras tempranas, pero también convergen en (y reciben conexiones de) CDZ transmodales que están más arriba en la jerarquía (ver Meyer y Damasio 2009 y Man et al. 2013 para una reseña de la evidencia empírica). Según los autores del enfoque grounded, las CDZ se activan de un modo mayormente "abajo-arriba" durante la percepción y mayormente "arriba-abajo" durante las tareas típicamente conceptuales. Sin embargo, estudios recientes muestran que también habría patrones de activación "arriba-abajo" durante el procesamiento perceptivo. Según estos autores, tales patrones de activación no solo estarían a la base del mencionado reconocimiento de objetos, sino que también contribuirían a la integración multimodal de los objetos percibidos (e.g. Calvert et al. 1997, Meyer y Damasio 2009, Meyer et al. 2010, Man et al. 2013).

Por ejemplo, Meyer et al. (2010) solicitaron a un grupo de sujetos que observaran atentamente una serie de videos silenciosos de actividades que normalmente implican sonidos

(e.g. un violinista tocando) y registraron la actividad en zonas unimodales de sus cortezas visuales y auditivas. Luego, utilizando análisis de patrón multivariado (MVPA), consiguieron entrenar un decodificador para que prediga, a partir de la actividad de su corteza auditiva, qué video silencioso estaba observando el sujeto. Por su parte, Meyer et al. (2011) realizaron un experimento similar, pero utilizando una serie de videos que mostraban exploración háptica de objetos y decodificándolos a partir de la actividad en las zonas somatosensoriales. Según los autores, estos experimentos mostrarían al menos tres cosas: que las CDZ se activan jerárquicamente durante la percepción, que las CDZ transmodales tienen conexiones arriba-abajo con las CDZ unimodales, y que las activaciones transmodales resultantes son de estímulo específico. De este modo, ver un violinista tocar activaría ciertas CDZ transmodales que, mediante conexiones arriba-abajo, activarían una CDZ auditiva unimodal vinculada con las representaciones asociadas con oír a un violinista tocar. Este tipo de resultados lleva a autores como Meyer y Damasio (2009) y Man et al. (2013) a sostener que la activación arriba-abajo de las CDZ podría ayudar al procesamiento perceptivo temprano y jugar un papel clave en la integración multimodal y el reconocimiento de los objetos percibidos. Y, si recordamos que las CDZ se proponen como una posible base de instanciación neuronal de las capacidades conceptuales, estos estudios ofrecen resultados que (incluso partiendo de una teoría de conceptos diferentes) resultan afines al análisis que Kalpokas (2016) hace de las anticipaciones perceptivas.

Como puede verse, tanto las teorías filosóficas acerca de las anticipaciones perceptivas como los estudios empíricos del enfoque grounded en neurociencia cognitiva parecen indicar que los conceptos contribuyen a la integración multimodal de la experiencia, la estructuración de su contenido en términos de objetos “completos”, y el reconocimiento e identificación de tales objetos. Estas consideraciones resultan relevantes para analizar el argumento de continuidad, en tanto pueden orientarnos acerca de qué diferencias deberíamos encontrar entre las experiencias perceptivas de animales con y sin conceptos (ya sea que adoptemos una teoría neo-fregeana de conceptos o una que los entienda como particulares mentales instanciados neuronalmente). Y, por ende, acerca de cómo caracterizar la experiencia perceptiva de los animales pre- y no-lingüísticos si nos comprometemos con el argumento de continuidad. Básicamente, mientras que los animales poseedores de conceptos serían capaces de experimentar objetos “completos”, los animales carentes de conceptos no podrían hacer tal cosa. Podría pensarse, por ejemplo, que estos animales tan solo experimentarían “escorzos” husserlianos o aquellos contenidos sensibles producidos por activar representaciones perceptivas aisladas (tal vez cosas como manchas, timbres, asperezas, etc.), sin articularlas en objetos distinguidos e identificados, y sin anticipar los aspectos aún no experimentados de tales objetos. Esto podría leerse al estilo de la “booming, buzzing confusión” de William

James o como una versión extrema de la posición defendida por Dummet (1993a, 1993b), según la cual tales animales están “atrapados en el aquí y ahora”, y tan solo representan el mundo en base a “imágenes espaciales superpuestas sobre percepciones espaciales [actuales]” (Dummet 1993b, p.123). Nosotros también experimentaríamos tales contenidos, pero además los integraríamos (tanto unimodal como multimodalmente) para reconocerlos como partes de objetos diferenciados.

4. Revindicando la experiencia “animal”: continuidad conceptual

Llegado este punto, es necesario señalar que el estudio científico de la conducta de animales pre- y no-lingüísticos le atribuye un nivel de complejidad y sistematicidad que resulta incompatible tanto con esta caracterización de su experiencia perceptiva, como con el supuesto fundamental del argumento de continuidad. En este sentido, Laurence y Margolis (2012) critican la posición de Dummet (1993a, 1993b) apelando a estudios en psicología animal que parecen indicar que distintos animales no-humanos pueden: representar información abstracta y utilizarla para tomar decisiones durante la búsqueda de alimentos (Gallistel 1990), representar la cantidad aproximada de entidades en un grupo (Brannon 2005), distinguir mismidad y diferencia de un modo abstracto (Giurfa et al. 2001), realizar inferencias por exclusión (Call 2006), razonar acerca de medios y fines (Irie-Sugimoto et al. 2008), razonar acerca de restricciones causales (Beckers et al. 2006), identificar y recordar información acerca de docenas de individuos diferenciados (Kendrick et al. 2001), y catalogar a sus congéneres tanto en base a su parentesco como a su relación de dominancia (Bergman et al. 2003). Estos comportamientos parecen presuponer la capacidad de distinguir y reconocer los objetos experimentados en el entorno, así como de anticipar ciertos aspectos aún no percibidos de los mismos. Es decir, el tipo de contribuciones conceptuales a la experiencia que se identificaron en la sección anterior y que deberían estar ausentes en los animales carentes de conceptos. Más aún, algunos de estos comportamientos parecen evidenciar formas de razonamiento típicamente conceptuales (e.g. Call 2006, Beckers et al. 2006), lo cual debería sembrar dudas adicionales acerca de que los animales relevantes para el argumento realmente carezcan de conceptos. De hecho, es una práctica habitual en psicología comparada la de explicar la complejidad y sistematicidad de estos comportamientos atribuyendo cierto bagaje conceptual a las criaturas que los exhiben.

La teoría de la “física ingenua” de Spelke (1988, 1990, 1992) también resulta pertinente aquí, en tanto ofrece razones adicionales para atribuir un bagaje conceptual innato a los humanos prelingüísticos. Además, parece reforzar el rol de las capacidades conceptuales como estructuradoras de la experiencia perceptiva y de las anticipaciones perceptivas como parte

constitutiva del reconocimiento de objetos. Según esta propuesta, los sujetos poseerían una teoría física rudimentaria e innata, compuesta principalmente por el concepto de ‘objeto’ y los principios de cohesión, límite, rigidez y no acción a distancia (Spelke 1990). Tal teoría permitiría explicar el comportamiento exhibido por infantes prelingüísticos de 3 y 4 meses en experimentos tales como los de Baillargeon (1987), en los cuales muestran tener expectativas acertadas acerca del comportamiento físico regular de los objetos y se sorprenden si tales objetos parecen violar el principio de rigidez. Crucialmente, la autora destaca que los niños prelingüísticos no parecen experimentar su entorno como una mera asociación de impresiones sensibles, sino que dividen la matriz visual en objetos particulares. Más aún, Spelke (1992) señala que los objetos a los que refieren tales expectativas no son identificados utilizando exclusivamente rasgos sobresalientes, tales como la textura o el color. Por ejemplo, bebés de 3 a 5 meses se sorprenden si un objeto parece moverse de una forma tal que no respete sus límites, incluso si tal movimiento divide al objeto en dos partes con texturas y colores altamente diferentes (ver también Spelke 1990). Esto lleva a la autora a considerar que, “aunque la coordinación perceptual-motriz, la manipulación de objetos, y la comunicación pueden contribuir al desarrollo tardío de conocimiento físico, tal conocimiento no parece originarse en ninguna de estas actividades” (Spelke 1992, p.627).

Teniendo en cuenta este cuerpo de evidencia, un defensor del conceptualismo podría proponer una estrategia atípica. En primer lugar, aceptar que existen contenidos compartidos entre nuestra experiencia perceptiva y la de aquellos animales pre- y no-lingüísticos que Peacocke denomina ‘especies superiores’ (i.e. adoptar la “línea blanda” acerca de la experiencia animal). En segundo lugar, rechazar la primera premisa del argumento y sostener que tales animales pre- y no-lingüísticos de hecho poseen ciertas capacidades conceptuales rudimentarias. Luego, en tercer lugar, aceptar la continuidad entre nuestra experiencia y la de los animales relevantes pero, en vez de explicarla apelando a contenidos no-conceptuales en la experiencia de humanos adultos, explicarla apelando a contenidos conceptuales en la experiencia de animales pre- y no-lingüísticos. Si una de las motivaciones para el argumento de continuidad es sostener una posición científicamente informada que aleje el fantasma del automatismo cartesiano (Peacocke 2001, Toribio 2007), ¿por qué no conseguir tal objetivo atribuyendo un bagaje rudimentario de capacidades conceptuales a los animales relevantes? Tal atribución estaría sustentada por la evidencia, sería acorde a la práctica habitual en etología y psicología comparada, y contribuiría a las motivaciones éticas del argumento. Más aún, tal atribución no implicaría ignorar las diferencias (de grado o de tipo) que pueda haber entre los sistemas cognitivos de humanos adultos y otros animales producto de disparidades en, por ejemplo, memoria de trabajo, capacidad combinatoria y de razonamiento, amplitud del bagaje conceptual, etc. Y, crucialmente, tal atribución permitiría rechazar la “conclusión

no-intuitiva” de Peacocke (2001) al tiempo que se adopta un conceptualismo “de contenido”, incluso si se suscribe a una lectura de la distinción estado/contenido como la propuesta por Bermúdez (2007).

Naturalmente, un defensor del no-conceptualismo buscaría rechazar este tipo de estrategia. En primer lugar, un no-conceptualista seguramente objetaría que se está cometiendo una falacia de equivocación con la noción de “concepto”. En efecto, y como se anticipó previamente, autores como Spelke (1988, 1990, 1992) o Laurence y Margolis (2012) explícitamente asumen una teoría psicológica de conceptos, según la cual estos son (a grandes rasgos) particulares mentales neuronalmente instanciados que participan en las tareas que los científicos neurocognitivos consideran como típicamente conceptuales: reconocimiento, categorización, anticipación, razonamiento, juicio, etc. En cambio, los autores tradicionales del debate, como McDowell (1994a) o Peacocke (1992a, 1992b, 2001), adoptan teorías neo-fregeanas que resultan considerablemente más demandantes para la atribución de conceptos (ver Peacocke 1992b, Byrne 2005, pp.331-332 y nota 1). En particular, McDowell parece considerar que la posesión de lenguaje es una condición necesaria para la posesión de conceptos (1994a, conferencia VI y epílogo a las conferencias III y VI, aunque véase McDowell 2009). De este modo, podría objetarse que el estudio empírico del rol que los conceptos (entendidos psicológicamente) tienen en el procesamiento perceptivo resulta irrelevante para la discusión entre conceptualistas y no-conceptualistas en filosofía.

Sin embargo, considero que esta objeción no resultaría del todo favorable al argumento. Para comenzar, porque hemos visto cómo los análisis filosóficos de múltiples autores (e.g. Husserl 1970, 1982, Smith 2010, Nanay 2010, Noë 2004, 2006, 2012, Kalpokas 2016) llevan a conclusiones afines sin que ello necesariamente implique apelar a teorías psicológicas de conceptos. En segundo lugar porque, como se ve en la cita incluida en la sección 1, Peacocke (2001) mismo hace referencia al estudio científico acerca de las similitudes entre humanos adultos y otros animales. Como se vio con Bermúdez (2003), Schmidt (2015) y El Kassir (2015), tal referencia no es casual y sirve como principal sustento para establecer que de hecho hay una continuidad entre los humanos adultos y los animales pre- y no-lingüísticos. Sin tal apelación al estudio científico, la vida perceptiva y/o cognitiva de los animales pre- y no-lingüísticos resultaría un completo misterio y la fuerza del argumento terminaría residiendo únicamente en qué es lo que cada interlocutor encuentra cómo más intuitivo (tópico en el que conceptualistas y no-conceptualistas tienden a disentir considerablemente). Pero, si se acepta que la evidencia científica acerca de las similitudes perceptivas entre humanos adultos y otros animales está cumpliendo un rol para establecer el argumento de continuidad, parece un tanto arbitrario sostener que esa misma fuente de

evidencia se vuelve irrelevante al momento de evaluar la continuidad cognitiva entre humanos adultos y otros animales. En particular: si las similitudes observadas, tanto en el nivel neurofisiológico (e.g. la presencia de CDZ en animales no-humanos, Man et al. 2013) como comportamental (e.g. razonamientos causales, por exclusión, reconocimiento, etc.), no son razones válidas para atribuir a las ‘especies superiores’ aquellas capacidades conceptuales que explican tales comportamientos en los humanos adultos, entonces la evidencia de similitudes neurofisiológicas y comportamentales tampoco debería ofrecer razones válidas para atribuir a las ‘especies superiores’ los contenidos experienciales que explican tales comportamientos en los humanos adultos. Pero, si este fuese el caso, el argumento de continuidad parecería perder gran parte de su atractivo.

En tercer lugar, e incluso si se acepta que autores como McDowell (1994a) y Peacocke (1992b, 2001) estén adoptando concepciones neo-fregeanas de conceptos, no resulta cierto que todos los autores interesados e involucrados en el debate entre conceptualistas y no-conceptualistas tengan los mismos compromisos. En este sentido, parece adecuado sostener que el principal objetivo del debate (al menos desde la perspectiva “de contenido”) es elucidar qué tipo de contenido tiene la experiencia perceptiva. Como ocurre en tantos otros casos, la respuesta a este interrogante dependerá en buena medida de cómo se entiendan los términos relevantes (“concepto”, “contenido”, “experiencia”) y de los presupuestos que se adopten. Pero múltiples autores, tales como Evans (1982), Dretske (1995), Byrne (2005), Brewer (2005), Laurene y Margolis (2012), Heck (2007), El Kassar (2015), Macpherson (2015) y, más recientemente, Block (2023), han hecho aportes significativos al debate que no presuponen una teoría neo-fregeana de conceptos. Esto se debe a que, como bien destaca Byrne:

Los principales participantes en el debate sobre el contenido conceptual y no conceptual son fregeanos y, por consiguiente, utilizan "concepto" en el sentido fregeano. Esto debe tenerse en cuenta al leer diversas citas. Pero, como se verá, las consideraciones principales son independientes de este supuesto. (2005, p.232, mi énfasis)

Restringir la información que resulte válida para la discusión únicamente a aquellas fuentes que presupongan una concepción particular de conceptos no solo eliminaría los aportes de los autores mencionados, sino que aislaría el debate de muchísimas fuentes relevantes de información acerca de lo que, en teoría, es su fenómeno de interés: la experiencia perceptiva.

Una segunda objeción podría ser que Peacocke (2001) efectivamente considera una atribución conceptual mínima al hablar de animales “carentes de conceptos o con un repertorio muy limitado de conceptos”, y que por ende estas consideraciones no hacen mella

a la línea original del argumento. Sin embargo, aquí debemos volver al análisis del argumento que se ofreció en la Sección 1. Como se abordó en tal sección, el elemento que nos permitía utilizar el argumento de continuidad para defender un no-conceptualismo “de contenido” era una posición afín a la de Bermúdez (2007) según la cual el no-conceptualismo “de estado” implica al “de contenido”. De este modo, si puede establecerse que en ciertos animales la experiencia perceptiva es independiente de la posesión de capacidades conceptuales (i.e. no-conceptualismo de estado), y pudiese luego establecerse que nuestra experiencia comparte contenidos con la de aquellos animales, podría deducirse que nuestra experiencia posee contenidos no-conceptuales. Sin embargo, aceptar que los animales en cuestión poseen un repertorio de conceptos, por limitado que sea, atenta en contra del primer paso. Incluso si atribuir tal repertorio no implica que la experiencia perceptiva sea dependiente de conceptos en tales animales, al menos bloquea lo que servía como principal razón para creer que era independiente. A saber: que tales animales poseen experiencias incluso sin poseer conceptos. Más aún, si tal posesión de conceptos resultase ser necesaria para que sus estados conscientes sean lo suficientemente parecidos a nuestros estados de experiencia perceptiva (como tanto el estudio científico de la percepción como el filosófico parecen indicar), entonces el argumento de continuidad resultaría insuficiente incluso para establecer un no-conceptualismo “de estado”.

Por último, hay que destacar que ningún autor sostiene que nuestra experiencia sea completamente idéntica a la de los animales pre- y no-lingüísticos, ni que sea similar a la de todos los animales no-lingüísticos. Hacerlo implicaría rechazar las marcadas diferencias que hay entre los sistemas perceptivos y cognitivos de los humanos adultos y de los otros animales. Si la experiencia de ciertos animales pre- y no-lingüísticos tiene contenidos en común con la nuestra, bien podría ser porque estos dependen de los conceptos que compartimos con ellos. Como señalan Laurence y Margolis (2012), es altamente improbable que un animal no-lingüístico posea el concepto de ‘teléfono celular’. Pero podría poseer otros conceptos, tales como los de ‘plateado’, ‘brillante’ o ‘rectangular’, que comparta con nosotros. Si ese repertorio compartido de conceptos resultase suficiente para explicar la totalidad de los contenidos que compartimos con los animales pre- y no-lingüísticos, entonces el argumento de continuidad perdería toda su fuerza. Es decir, bien podría ser el caso que haya una continuidad entre los contenidos de la experiencia de humanos adultos y de ciertos animales pre- y no lingüísticos, pero que esa continuidad esté dada por el contenido conceptual compartido (y no, como argumenta Peacocke, por el no-conceptual). Dada esta posibilidad, y los análisis filosóficos y estudios empíricos previamente mencionados en apoyo a su plausibilidad, el argumento de continuidad parecería fallar tanto como objeción al conceptualismo “de contenido” como al “de estado”.

5. Conclusiones

En este trabajo he intentado mostrar que, cuando se lo formula de un modo suficientemente preciso y se lo considera en el contexto de la contribución que los conceptos hacen al contenido de las experiencias perceptivas, el argumento de continuidad parece implicar una caracterización implausible de la experiencia perceptiva en animales pre- y no-lingüísticos. Más aún, tanto las consideraciones filosóficas acerca de tales contribuciones, como la evidencia en etología, psicología comparada y psicología del desarrollo parecen motivar la atribución de un mínimo bagaje conceptual a los animales pre- y no-lingüísticos. De ser así, el argumento de continuidad parecería fallar, tanto como una crítica al conceptualismo “de contenido” como al conceptualismo “de estado”. Parece que, si deseamos revindicar la experiencia de animales pre- y no-lingüísticos por medio de una continuidad entre sus contenidos y los nuestros, tendremos mejor suerte atribuyendo ciertos contenidos conceptuales a su experiencia que dotando la nuestra de contenidos no-conceptuales.

Referencias bibliográficas

- Anderson, M.L., (2010). Neural reuse: A fundamental organizational principle of the brain. *Behav. Brain Sci.*, 33, 245–266, discusión 266–313.
- Barsalou, L.W. (1999). Perceptual symbol systems. *Behav. Brain Sci.*, 22, 577–609, discusión 610–660.
- Barsalou, L.W. (2016). On Staying Grounded and Avoiding Quixotic Dead Ends. *Psychon. Bull. Rev.*, 23, 1122–1142
- Barsalou, L.W., Simmons, W., Barbey, A., D. Wilson, C. (2003). Grounding Conceptual Knowledge in Modality-Specific Systems. *Trends in cognitive sciences.* 7. 84-91.
- Beckers, T., Miller R. R., De Houwer, J., y Urushihara, K. (2006). Reasoning rats: Forward blocking in Pavlovian animal conditioning is sensitive to constraints of causal inference. *Journal of Experimental Psychology: General* 135(1): 92-102.
- Bergman, T.J., Beehner, J. C., Cheney D. L., y Seyfarth, R. M. (2003). Hierarchical classification by rank and kinship in baboons. *Science* 302:1234-36
- Bermudez, J. L. (2003). *Thinking without Words*. NewYork: Oxford University Press.
- Bermúdez, J. L., (2007). What Is at Stake in the Debate on Nonconceptual Content?, *Noûs*, Vol. 41, Suplemento: Philosophical Perspectives, 21, *Philosophy of Mind*, pp. 55-72.
- Block, Ned (2023). *The Border Between Seeing and Thinking*. New York, US: OUP Usa.



- Brannon, E. M. (2005). What Animals Know About Number. En J. I. D. Campbell (ed.), *Handbook of Mathematical Cognition*. New York: Psychology press, 85-108.
- Brewer, B. (1999). *Perception and Reason*. Oxford: Oxford University Press.
- Brewer, B. (2001). Précis of Perception and Reason. *Philosophy and Phenomenological Research*, 63(2), 405-416.
- Brewer, B. (2005). Perceptual Experience has Conceptual Content. En E. Sosa y M. Steup (eds.), *Contemporary Debates in Epistemology*. (pp. 217- 230). Oxford: Blackwell.
- Byrne, A., (2005). Perception and Conceptual Content, en E. Sosa y M. Steup (Eds.), *Contemporary Debates in Epistemology*, Oxford, Blackwell, pp. 231-250.
- Call, J. (2006). Inferences by exclusion in the great apes: The effect of age and species. *Animal Cognition* 9: 393-403.
- Calvert, G.A. et al. (1997) Activation of auditory cortex during silent lip reading. *Science* 276, 593–596.
- Crowther T., (2006). Two Conceptions of conceptualism and nonconceptualism, *Erkenntnis* 65 (2), pp. 245-276.
- Damasio A.R. (1989). Time-locked multiregional retroactivation: a systems-level proposal for the neural substrates of recall and recognition. *Cognition*. Nov;33(1-2):25-62.
- Dretske, F., (1995) *Naturalizing the Mind* (Cambridge, MA: MIT Press).
- Dummett, M. (1993a). *The Seas of Language*. Oxford: Oxford University press.
- Dummett, M. (1993b). *The origins of Analytical Philosophy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- El Kassar, N. (2015). *Towards a Theory of Epistemically Significant Perception. How We Relate to the World*. Berlin, Boston: De Gruyter.
- Evans, G., (1982). *The Varieties of Reference*, Oxford: Oxford University Press.
- Gadamer, H. G., (1960). *Wahrheit und Methode*. Traducido como *Truth and Method*, por Weinsheimer J. y Marshal D., (1992), *Crossroads*, New York.
- Gallistel, C. R. (1990). *The Organization of Learning*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Giurfa, M., Zhang, S., Jenett, A., Menzel, R., y Srinivasan, M. (2001). The concepts of “sameness” and “difference” in an insect. *Nature* 410:930-33.
- Hauser, M. D., Chomsky, N., y Fitch, W. T. (2002) “The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How Did It Evolve?”, *Science*, Vol. 298, pp. 1569-1579.
- Heck, R.G. (2000). Non-Conceptual Content and the ‘Space of Reasons’, *The Philosophical Review*, Vol. 109, No. 4, pp. 483-523.



- Heck, R.G. (2007). Are there different kinds of content?, en Brian P. McLaughlin & Jonathan D. Cohen (eds.), *Contemporary Debates in Philosophy of Mind*, Blackwell. Pp. 117-138.
- Husserl, E. (1970). *The crisis of European sciences and transcendental phenomenology* (traducción: Carr, D.). Evanston: Northwestern University Press.
- Husserl, E. (1982). *Ideas pertaining to a pure phenomenology and to a phenomenological philosophy. First book: General introduction to a pure phenomenology* (traducción: Kersten, F.). The Hague: Martinus Nijhoff.
- Irie-Sugimoto, N., Kobayashi, T., Sato, T., y Hasegawa, T. (2008). Evidence of means-end behavior in Asian elephants (*Elephas maximus*), *Animal Cognition* 11(2): 359-65.
- Kalpokas, D.E., (2016). Experience and Justification: Revisiting McDowell's Empiricism. *Erkenntnis*, 82, 715–738.
- Kendrick, K., da Costa, A., Leigh, A., Hinton, M., y Peirce, J. (2001). Sheep don't forget a face. *Nature* 414:165-66
- Laurence, S., & Margolis, E. (2012). The Scope of the Conceptual. En E. Margolis et al. (eds.). *The Oxford Handbook of Philosophy of Cognitive Science* (Oxford University Press), pp. 291-317.
- Macpherson, F. (2015). Cognitive Penetration and Nonconceptual Content. En *The Cognitive Penetrability of Perception: New Philosophical Perspectives*; Zeimbekis, J., Raftopoulos, A., Eds.; Oxford University Press: Oxford, UK,
- McDowell, J. (1994a). *Mind and World*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- McDowell, J. (1994b). The content of perceptual experience, *Philosophical Quarterly*, Vol. 44, No. 175, pp. 190-205.
- McDowell, J. (2009). *Having the World in View: Essays on Kant, Hegel, and Sellars*. Cambridge: Harvard University Press.
- Meyer, K., Damasio, A. (2009). Convergence and divergence in a neural architecture for recognition and memory. *Trends Neurosci.* 2009 Jul;32(7):376-82.
- Meyer, K., Kaplan, J.T., Essex, R., Webber, C., Damasio, H., Damasio, A. (2010). Predicting visual stimuli on the basis of activity in auditory cortices. *Nat Neurosci.*; 13:1–26.
- Man K, Kaplan J, Damasio H, Damasio A. Neural convergence and divergence in the mammalian cerebral cortex: from experimental neuroanatomy to functional neuroimaging. *J Comp Neurol.* 2013 Dec 15;521(18):4097-111
- Marr, D. (1982). *Vision*, Cambridge, Mass.: MIT Press, 2010.
- Nanay, B. (2010). Perception and imagination: Amodal perception as mental imagery. *Philosophical Studies*, 150, 239–254.



- Noë, A. (2004). *Action in perception*. Cambridge: The MIT Press.
- Noë, A. (2006). Experience without the head. En T. Szabo' Gendler & J. Hawthorne (Eds.), *Perceptual Experience* (pp. 411–433). Oxford: Clarendon Press.
- Noë, A. (2012). *Varieties of presence*. Cambridge: Harvard University Press.
- Peacocke, C. (1992a). Scenarios, Concepts, and Perception, en Gunther, Y., H., (Ed.), *Essays on Nonconceptual Content* (2003), Cambridge, Massachusetts, The MIT Press, pp. 107-132.
- Peacocke, C. (1992b). *A Study of Concepts*, Cambridge, The MIT Press.
- Peacocke, C., (2001). “Does Perception Have a Nonconceptual Content?”, *The Journal of Philosophy*, Vol. 98, No. 5, pp. 239-264.
- Schmidt, E. (2015). *Modest Nonconceptualism*. Dordrecht: Springer.
- Smith, J. (2010). Seeing other people. *Philosophy and Phenomenological Research*, 81(3), 731–748.
- Speaks, J., (2005). Is There a Problem about Nonconceptual Content?, *The Philosophical Review*, Vol. 114, No. 3, pp. 359-398.
- Spelke, E.S. (1988). The origins of physical knowledge. En L. Weiskrantz (Ed.), *Thought without language*, Oxford: Clarendon Press.
- Spelke, E.S. (1990). Principles of Object Perception, *Cognitive Science*, Vol. 14, No. 1, pp. 29-56.
- Spelke, E.S. (1992). Origins of Knowledge, *Psychological Review*, Vol. 99, No. 4, pp. 605-632.
- Sullivan, J., A., (2009). The multiplicity of experimental protocols: a challenge to reductionist and non-reductionist models of the unity of neuroscience. *Synthese* 167, 511.
- Toribio, J. (2007), Nonconceptual Content. *Philosophy Compass*, 2: 445-460
- Yee, E., Jones, M. N., y McRae, K. (2018). Semantic Memory. En J. T. Wixted & S. Thompson-Schill (Eds), *Stevens' Handbook of Experimental Psychology and Cognitive Neuroscience* (4ta Edition, Vol. 3: Language and Thought, pp. 319-356). New York: Wiley.